

reflejaba un espíritu poco activo, pero profunda y poderosamente meditativo. Cuando aquel hombre se ensimismaba, lo que parecía sucederle frecuentemente, hubiérase creído que era viejo; pero cuando se animaba, como sucedió en el momento de que hablamos, era verdaderamente hermoso y parecía hallarse en toda la fuerza de la edad.

La joven había cruzado las manos sobre el brazo de su padre, y á medida que los debates iban causando mayor espanto, se aproximaba más y más á él. Adivinábase fácilmente que sólo pensaba en el peligro que corría el acusado. La palidez de su frente revelaba tanto temor y era tan visible y tan conmovedora su compasión, que los espectadores, que no habían tenido lástima del detenido, se conmovieron al verla, y todos se preguntaron entre sí quiénes eran aquellas dos personas.

Jerry, que también las observaba, prestó gran atención y procuró oír todo cuanto se decía á su alrededor.

—¿Quiénes son? se repitió de boca en boca hasta que la pregunta llegó á un alguacil de la sala; y la respuesta de éste, volviendo á los que la habían provocado, pero con más lentitud, rodó hasta el sitio en que se hallaba el demandado.

—Son unos testigos.

—¿Qué clase de testigos?

—Testigos de cargo.

El Juez, que había cedido al impulso general, volvió á mirar á su mesa, se apoyó en el respaldo de su sillón y contempló con una mirada escudriñadora al hombre cuya vida tenía entre sus manos, en tanto que el abogado fiscal se levantaba para hilar la cuerda, afilar el hacha y levantar el cadalso,

CAPITULO III.

Los debates.

El abogado fiscal manifestó al jurado: Que el detenido, aunque todavía joven, era ya antiguo en la senda de la traición, crimen horrible que lleva consigo la pena de muerte. Que las relaciones del acusado con el enemigo público no databan de hoy ni de ayer, ni aun del año último, ni aun siquiera del año antepasado; que era un hecho positivo que desde tiempo inmemorial Carlos Durnay iba y venía continuamente de París á Londres, y vice-versa, ocupado en negocios secretos, de los cuales no había podido dar una explicación satisfactoria. Que si fuese dado al criminal llevar á cabo sus culpables propósitos (cosa que afortunadamente no puede acontecer), la exquisita maldad del acusado no habría sido reconocida nunca, gracias á la infame habilidad de que Carlos Darnay había dado pruebas en sus torpes manejos; pero que la Providencia había inspirado á un hombre honrado, tan digno como valiente, la idea de procurar descubrir los planes del traidor, y, lleno de horror, había participado su descubrimiento al primer ministro de S. M. Que este hombre recto y leal, cuya conducta había sido siempre superior á todo elogio, comparecería como testigo. Que este hombre honrado había sido amigo del detenido; pero que habiendo adquirido un día la certidumbre de la culpabilidad del que disponía de todo su afecto, había resuelto inmolar en el sagrado altar de la patria al infame á quien ya no podía dar su estimación ni su cariño. Que si en Inglaterra, como sucedía en Grecia y en Roma, se erigiesen estatuas á los bienhechores del pueblo, se erigiría una indudablemente

en honor de este gran ciudadano. Que como esto no entraba en las costumbres inglesas, seria muy probable que este excelente patricio no obtuviese ninguna recompensa. Que, segun han dicho los grandes poetas en sus principales obras, obras que sin duda alguna conocian perfectamente los señores jurados, la virtud es contagiosa, y sobre todo esa virtud celeste que se llama patriotismo, es decir, amor á la pátria; que el sublime ejemplo del testigo sin mancha, en cuya infalible palabra se apoyaba el representante de la ley, habia despertado en el criado del detenido la santa idea de registrar los bolsillos y los cajones de su amo, inspeccionando con cuidado todos sus papeles. Que él, como abogado fiscal, estaba dispuesto á contestar á las censuras que los malos ciudadanos dirigiesen á aquel excelente criado por la conducta que acababa de observar; pero que, personalmente, le tenia casi en mayor estima que á sus más próximos parientes y aun le creia más digno de su cariño que á su mismo padre; que él creia que el jurado opinaria del mismo modo, y descansaba confiadamente en su equidad y en su justicia, y mucho más tratándose de un asunto tan importante y tan trascendental. Que el testimonio del antiguo amigo y del antiguo criado, unido á los documentos que probaban sus asertos, demostraban de un modo incontestable que el acusado tenia en su poder la lista de las fuerzas de que disponia S. M. británica, los planes de campaña que debian realizar los ejércitos ingleses de mar y tierra, y no permitian poner en duda que el acusado abrigase el propósito de transmitir estos preciosos datos al jefe del pueblo enemigo. Que no era posible demostrar que estuviesen escritos por la mano del detenido, pero que esto no atenuaba la gravedad del hecho, sino que, por el contrario, era una prueba de la maldad con que se habian llevado á cabo aquellas infames maquinaciones; que los debates demostrarian de un modo evidente que

estas prácticas fraudulentas é indignas venian ejecutándose hacia cinco años, es decir, que habian comenzado en la época en que los americanos y las tropas del rey de Inglaterra habian reñido la primera batalla; que por todas estas razones, y siendo los jurados hombres verdaderamente leales, debian necesariamente declarar al detenido reo del crimen de que se le acusaba, por más que sintiesen cierta repugnancia á aplicar la pena señalada por la ley; que de lo contrario no podrian disfrutar ningun descanso, ni sus mujeres ni sus hijos podrian entregarse á un sueño pacífico; en una palabra, que de ningun modo podrian ellos ni sus familias reposar la cabeza sobre la almohada, á ménos que la del acusado cayese bajo el hacha del verdugo. El acusador fiscal pedia esa cabeza, y la pedia en nombre de todo cuanto podia facilitarle un brillante período y una frase retumbante, y concluyó afirmando, con la mayor solemnidad, que consideraba al culpable como si hubiese sufrido ya la pena capital.

Al terminar este discurso oyóse un profundo murmullo por todos los ámbitos de la sala, como si infinidad de moscardones se hubiesen reunido alrededor del acusado presintiendo ya la suerte que le esperaba. Cuando cesaron aquellos murmullos y se logró que todo el mundo permaneciese silencioso, el honrado y digno patriota apareció como testigo.

El juez, siguiendo las huellas de su colega, interrogó al patriota:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—John Barsad, etc...

La historia de su alma pura y de su sublime conducta fué exactamente la misma con que el abogado fiscal habia edificado á su auditorio, y no tuvo más defecto, caso de que esto lo fuese, que el de ser una copia completamente literal.

Después de descargar de su noble pecho el peso que le

oprimia, el eminente ciudadano se hubiera retirado modestamente si el abogado defensor, situado al lado de Mr. Lorry, no le hubiese á su vez dirigido algunas preguntas.

(El abogado que llevaba peluca y cuyos ojos se hallaban fijos en el techo, no habia cambiado de actitud.)

—¿Cuáles son los medios de subsistencia del testigo?

—Algunas propiedades de mi pertenencia.

—¿En dónde están situadas?

—No puedo decirlo en este momento, no lo recuerdo.

—¿Qué clase de propiedades son?

—Eso no hace al caso.

—¿Las ha comprado el testigo, ó las ha heredado?

—Las he heredado.

—¿De quién?

—De un lejano pariente.

—¿Ha sido preso alguna vez el testigo?

—¡Dios mio!

—¿Ha sido preso por deudas?

—No comprendo qué pueda tener que ver eso.

—¿No ha sido el testigo preso por deudas?

—¿Pero qué significa esa insistencia?

—¿No ha sido nunca preso? insistió el abogado.

—Sí, señor, ¿y qué?

—¿Cuántas veces?

—Una ó dos veces.

—¿Creo que han sido cinco ó seis.

—Tal vez.

—¿Cuál es la profesion del testigo?

—Propietario.

—¿No ha recibido nunca el testigo algun puntapié?

—Es posible.

—¿Muchas veces?

—Lo que es eso, de ningun modo.

—¿No ha sido nunca arrojado por la escalera?

—Nada dé eso: una vez hallándome en un piso principal me empujaron con alguna violencia, y si rodé hasta abajo fué por mi propio impulso.

—¿No le ocurrió eso al testigo por haber jugado con dados falsos?

—Eso dijo el calumniador que tuvo la desfachatez de atropellarme; pero era completamente falso.

—¿Podria jurarlo el testigo?

—No tengo ningun inconveniente.

—¿No es el testigo jugador de oficio?

—Soy jugador como lo es todo el mundo.

—¿No ha pedido nunca dinero prestado al detenido?

—Sí.

—¿Se lo ha devuelto?

—Nó.

—¿No estaban reducidas sus relaciones con el acusado á una série de continuados préstamos so pretexto de gastos de carruaje, de posada, de embarques, etc.?

—Algo habia de eso.

—¿Está seguro el testigo de haber visto en manos del detenido las listas de que se trata?

—Tengo de ello una completa seguridad.

—¿Puede decir lo mismo respecto de estos papeles?

—Nó.

—¿No se los ha facilitado el mismo testigo?

—Nó.

—¿Cuánto calcula el testigo que podrá valerle su declaracion?

—¡Dios mio de mi vida!...

—¿No espera obtener del gobierno un empleo retribuido, por ejemplo el de agente de policia?...

—¡Pero, señor!...

—¿U otra colocacion semejante?

—¡Dios mio!...

—¿Podria afirmar lo el testigo bajo juramento solemne?

—Puedo jurarlo por todo lo más sagrado; mi conducta no ha tenido más móvil que el de un puro y verdadero patriotismo.

Una vez terminado este interrogatorio, se retiró el testigo.

El antiguo y virtuoso criado del detenido jura á su vez lo mismo que su predecesor, y multiplica sus juramentos con gran facilidad y entusiasmo.

Se llama Roger Cly; es un hombre honrado que, con la mejor buena fé del mundo, ha estado cuatro años al servicio del acusado.

—¿No le pedisteis por compasion que os admitiese en su casa?

—Nunca. Conocí al detenido á bordo de un paquebot de Calais y le pregunté si necesitaba un criado inteligente y probo; así fué como entré al servicio del acusado. Una porcion de circunstancias despertaron mis sospechas, y resolví espiar á mi amo. En diferentes ocasiones hallé en los bolsillos del detenido unos papeles absolutamente iguales á los que despues se me han mostrado. Las listas que el tribunal tiene en su poder han sido sustraídas por mí de la taquilla de mi amo. He sorprendido al acusado mostrando estas mismas listas á unos franceses, unas veces en Calais y otras en Bolonia. Amante siempre de mi país, no he podido presenciar semejantes infamias sin sentirme profundamente indignado, é inmediatamente he dado aviso de todo á la autoridad.

—Roger Cly, ¿no habeis sido acusado por robo de una tetera de plata?

—Nada de eso; me calumniaron por la desaparicion de una mostacera que, despues de todo, era de plata imitada.

—Roger Cly, ¿no teneis relaciones amistosas con el anterior testigo hace siete ú ocho años?

—Es una coincidencia que no tiene nada de particular.

Nadie puede extrañar semejante cosa: todas las coincidencias son más ó ménos singulares. El único móvil que me ha impulsado en todo esto, ha sido mi ardiente patriotismo; yo, como el anterior testigo, soy un inglés adicto á mi país, y creo que los buenos ciudadanos son numerosos en el suelo que nos ha visto nacer.

El murmullo de los moscardones comenzó á oirse nuevamente. Logróse otra vez restablecer el silencio en el auditorio, y el abogado fiscal llamó á Mr. Jarvis Lorry.

—¿Estais empleado en el banco Tellson?

—Sí.

—¿Habeis viajado por cuenta de la casa en el mes de Noviembre de 1775, dirigiéndoos á Douvres en la silla-correo?

—Sí.

—¿Ibais solo en el carruaje?

—Nó; iban conmigo otros dos viajeros.

—¿No bajaron en el camino mucho ántes de despuntar el día?

—Sí.

—Tened la bondad de examinar al acusado, y decidnos si no era él uno de vuestros compañeros de viaje.

—No me es posible contestaros.

—¿No se parece á uno de los dos viajeros de que se trata?

—Aquellos viajeros iban tan completamente embozados en sus capas y la noche era tan oscura, que ni siquiera me fué posible formarme una idea de su aspecto exterior.

—Examinad nuevamente al acusado, Mr. Lorry; figuráos que se halla completamente embozado, como los dos viajeros de que hablamos, y ved si hay en su estatura ó en su conjunto algo que pueda hacer probable la idea de que fuese él uno de vuestros dos acompañantes.

—Os aseguro que no me es posible responderos.

—¿Podrís afirmar bajo juramento que no se hallaba en el carruaje?

—No.

—¿De modo que confesais que tal vez fuese uno de los dos viajeros?

—No lo creo imposible; diré, sin embargo, que las dos personas de que se trata tenían demasiado miedo á los ladrones, miedo de que yo tambien participaba, y que el acusado no parece ser hombre que se asuste de nadie.

—¿Estais seguro de no haber visto nunca al acusado?

—Tengo la seguridad de haberle visto.

—¿Cuándo?

—Al volver de París, algunos dias despues de haberme embarcado en Douvres; el acusado se hallaba en el paquebot, y hemos hecho juntos la travesía.

—¿A qué hora fué á bordo?

—Poco despues de las doce de la noche.

—Es decir, cuando la oscuridad era más completa. ¿Llegaron otros pasajeros á aquella misma hora?

—Quiso la casualidad que...

—No empleis la forma dubitativa, Mr. Lorry. El acusado, aquí presente, ¿fué la única persona que se embarcó á una hora tan avanzada?

—Sí.

—Y vos, estábais solo?

—No; me hallaba en compañía de un antiguo amigo y de su hija. Ambos se hallan aquí como testigos.

—¿Habeis entrado en conversacion con el acusado?

—Apénas hablamos algunas palabras; el mar estaba tempestuoso, la travesía fué penosa y larga, y yo permanecí tendido en un sofá hasta nuestra llegada á Douvres.

—Perfectamente. ¡Miss Manette!

La jóven en quien poco ántes se habian fijado todas las miradas y que las atrajo á si nuevamente, se levantó de su asiento, permaneció de pié sin variar de sitio y con-

tinuó apoyándose en el brazo de su padre, que se habia levantando al mismo tiempo que su hija.

—Miss Manette, examinad al acusado.

La compasiva mirada de la jóven, su belleza y su noble aspecto, sometieron á Carlos Darnay á una prueba mucho más difícil que todas las que habia soportado desde el momento en que compareció ante sus jueces. A pesar de hallarse al borde de la tumba, á pesar de las ansiosas miradas fijas en él, y á pesar de la fuerza de alma de que hasta entónces habia dado pruebas, el detenido no pudo permanecer tranquilo al contemplar la compasiva mirada de la jóven. Sus manos agruparon convulsivamente las yerbas que tenia sobre la mesa, como si quisiesen formar un ramo de flores imaginarias, y sus esfuerzos para contener su anhelosa respiracion hicieron temblar sus lábios, cuya sangre toda afluyó al corazon.

—Miss Manette, ¿habeis visto ántes de ahora al detenido?

—Sí, señor.

—¿En dónde?

—A bordo del paquebot de Calais á Douvres, y en las mismas circunstancias que acaban de referirse.

—¿Os hallábais en compañía del testigo que ha declarado há poco?

—¡Ah! Sí, señor, y en una situacion harto desdichada.

El sonido quejumbroso de su armoniosa voz fué apagado por la voz mucho ménos simpática del juez, que le dijo con sequedad:

—Responded sin hacer comentarios á las preguntas que se os dirijan: ¿Habeis hablado con el detenido durante esa travesía?

—Sí, señor.

—Recordais la conversacion que tuvisteis ambos?

—Cuando ese caballero subió á bordo... continuó la jóven con apagada voz.

—¿Estais hablando del detenido, miss Manette? le preguntó el juez frunciendo el ceño.

—Sí, señor.

—En ese caso decid el acusado.

—Cuando el acusado subió á bordo del paquebot, observó la debilidad de mi padre. Este se hallaba tan enfermo, que yo no me atrevia á dejarle bajar á la cámara, temiendo que el aire viciado le hiciése daño. Le habia preparado una cama sobre cubierta, al lado de la escalera que conduce á los camarotes, y me habia instalado á su cabecera. El paquebot no conducia más pasajeros que nosotros cuatro. El acusado tuvo la bondad de darme algunos consejos y me ayudó á abrigar mejor á mi padre, porque yo lo habia hecho bastante mal, por no saber qué viento tendríamos á la salida del puerto. Se tomó una infinidad de molestias para sernos útil, lo hizo con una exquisita amabilidad, y se compadeció tan sinceramente del espantoso estado en que se hallaba mi padre, que no pude por ménos de corresponder á la simpatía que ambos le inspiráramos. Este fué el origen de nuestra conversacion.

—¿Estaba solo el acusado en el momento de dirigirse á bordo?

—No, señor.

—¿Cuántas personas habia con él.

—Dos franceses.

—¿Hablaron de negocios, y duró mucho su conversacion?

—Hablaron juntos hasta que los franceses tuvieron que volver á su chalupa.

—¿No cambiaron entre sí unas listas semejantes á ésta?

—Tenian varios papeles, pero no sé cuál era su contenido.

—¿Tenian aquellos papeles la dimension y la forma de éstos?

—Lo ignoro.

—¿Qué decian aquellos señores?

—Tampoco lo sé. Estaban en el último peldaño de la escalera, para acercarse más á la lámpara, que apenas alumbraba; pero hablaban en voz baja, y además yo no presté atencion á lo que decian.

—¿Qué os dijo el acusado?

—Se mostró tan confiado conmigo como tierno y cuidadoso con mi padre. Sabe Dios, prosiguió la jóven prorumpiendo en llanto, que no quisiera pagar las bondades que le debemos, diciendo nada que pudiera perjudicarle.

Murmulló en la sala.

—Miss Manette, repuso el juez, el acusado y el auditorio no pueden ya poner en duda que contestais con sobrada repugnancia á las preguntas que se os dirigen. Tened la bondad de continuar, miss Manette.

—Me refirió que viajaba con motivo de sus negocios, que tenia que cumplir una mision tan delicada que le habia sido preciso cambiar de nombre para no comprometer á su familia. Añadió que esta mision le obligaria á volver á Francia dentro de muy poco y á atravesar frecuentemente el Estrecho.

—¿No os dijo nada referente á América? Precisad vuestra respuesta y recordad todas las palabras del acusado.

—Segun pude colegir, trató de hacerme comprender las causas de la guerra que acababa de estallar entre los colonos y la metrópoli, pero es muy posible que yo me engañe. Añadió, en tono de broma, que el nombre de Jorje Washington seria probablemente un dia tan célebre como el de S. M. Jorje III; pero repitió que lo decia riéndose, sin pensar en ello, y como hubiera podido decir otra cualquier cosa.

La expresion grabada en el rostro de un actor que excita poderosamente el sentimiento de su auditorio, se refleja generalmente en el rostro de los individuos á quienes cautiva, sin que éstos se den cuenta de ello. El juez

que habia bajado la cabeza para escribir la respuesta de la jóven, halló en la mayor parte de los espectadores la horrible ansiedad que se retrataba en la frente de la testigo, cuando levantó la cabeza sorprendido al oír aquella espantosa heregia referente á la gloria futura de Jorje Washington.

El abogado fiscal manifestó al juez que seria conveniente interrogar al padre de la jóven, aunque sólo fuese por mera fórmula, y el doctor Manette fué llamado como testigo.

—Doctor Manette, ¿habeis visto ántes de ahora al acusado?

—Le ví una vez que vino á visitarme; hace ya unos tres ó cuatro años.

—¿Reconoceis en él al compañero de viaje que tuvisteis al venir á Inglaterra, y podeis citarnos algunas palabras de la conversacion que tuvo con vuestra hija?

—Todo eso me es completamente imposible.

—¿Teneis algun motivo especial que os impida responder á esta pregunta?

—Sí, señor.

—Doctor Manette, ¿es verdad que habeis tenido la desgracia de ser encarcelado sin formacion de causa, en vuestro pais natal, y durante muchos años?

—¡Ah! sí, durante muchos años, respondió el testigo con un acento que hizo palpitar todos los corazones.

—¿Es cierto que hacia poco tiempo que os hallábais en libertad cuando emprendisteis el viaje de que se trata?

—Así me lo han referido.

—¿Recordais algo de lo que ocurrió durante la travesía?

—No recuerdo absolutamente nada; hay en mi mente un completo vacío á partir de la época—que tampoco sé cuál es—en que, encerrado en mi prision, comencé á hacer zapatos, hasta el momento en que me hallé en Londres con mi hija. La presencia de esta niña adorada habia lle-

gado á serme familiar, cuando la bondad de Dios quiso permitir que yo recobrase mis facultades; pero no puedo explicarme de qué modo llegué á familiarizarme con aquel nuevo género de vida, y tampoco sé cómo llegué á reconocer á mi hija, ó más bien á darme cuenta de su cariño y de la tierna solicitud con que me trataba.

El abogado fiscal tomó asiento.

El doctor Manette y su hija volvieron también á ocupar sus respectivos puestos.

Se trata de probar que en una noche del mes de Noviembre de 1775, salió el acusado de Londres en la silla-correo de Douvres, con uno de sus cómplices, el cual no pudo ser habido; que uno y otro, abandonando el carruaje mucho ántes de ser de día, se habian apeado en un sitio, escogido sin duda de antemano para ocultar la direccion que habian de tomar; que entónces retrocedieron unas doce millas y llegaron á una ciudad fortificada, en la cual adquirieron fraudulentamente los datos que se proponian reunir.

Para dilucidar este particular, se llamó á un testigo; su declaracion dió lugar á un curioso incidente.

Segun dicho testigo, el acusado se hallaba, á la hora conveniente, en el comedor de una fonda de aquella ciudad fortificada, aguardando á una persona que llegó al poco tiempo.

El defensor hizo á su vez diferentes preguntas al testigo, sin sacar con esto nada en limpio. El testigo en cuestion sólo habia visto al acusado en aquellos momentos, pero lo habia examinado perfectamente.

El abogado, cuyos ojos no se apartaban del techo desde que habia comenzado la vista, escribió entónces dos ó tres palabras en un pedacillo de papel que hizo pasar á manos del defensor.

Este recibió el papel, y despues de examinarlo, miró al detenido con extremada atencion.

—¿Estais bien seguro de que era el acusado? preguntó al testigo.

—Segurísimo.

—¿No habeis visto nunca á nadie que se pareciese al detenido?

—Nunca, ó por lo ménos que se le pareciese tanto que fuera posible confundirle con él.

—Tened la bondad de mirar á mi ilustrado colega, continuó el defensor designando al abogado que le habia entregado el papel escrito. ¡Perfectamente! Mirad ahora al acusado. ¿No creis que hay entre ambos una perfecta semejanza?

Indudablemente, exceptuando la indolencia que caracterizaba al ilustrado colega, su trage bastante descuidado y su fatigado aspecto, habia entre él y el acusado una semejanza bastante grande para que cualquiera la notase, sobre todo despues de haberle llamado la atencion sobre el particular.

El defensor suplicó al juez dispusiese que su ilustrado colega tuviese la bondad de quitarse un momento la peluca, y una vez satisfecho por completo este deseo, la semejanza llegó á ser mucho mayor.

—Mr. Stryver, preguntó el juez al abogado defensor, ¿os proponeis acaso poner en duda la lealtad de Mr. Cartone (el ilustrado colega), acusándole del delito de lesa magestad?

Mr. Stryver estaba muy lejos de abrigar semejante propósito. Concretóse exclusivamente á preguntar á los señores jurados si el hecho que acababa de presenciar el tribunal no podia haberse verificado en otra circunstancia cualquiera, y supuso que, despues de aquel incidente, comprenderia fácilmente el testigo la temeridad que habia en reconocer en el acusado á una persona á quien sólo habia visto breves instantes en una fonda.

Este incidente dejó pulverizado al testigo, y su declaracion no llegó á significar nada en la causa.

Jerry, que á todo esto se ha entretenido en chupar sus mugrientos dedos, no se siente capaz de adivinar el desenlace de la funcion á que asiste en calidad de espectador. Necesita oír todavía la defensa de Mr. Stryver que, apoderándose de la requisitoria del acusador fiscal y volviéndola completamente del revés, demostró á los jurados «que el patriota Barsad era un espía asalariado, un vil calumniador que traficaba con la sangre de los desgraciados á quienes denunciaba, y uno de los más infames traidores que han existido desde los tiempos de Judas, del cual tiene todo, hasta la figura; y que el virtuoso Roger Gly era cómplice suyo hacia más de diez años. Demostró que aquellos dos hombres perjuros y falsarios se habian propuesto convertir al acusado en víctima suya; que éste, al tener que ir continuamente á Francia, á donde le llamaban asuntos particulares de familia, se habia hecho sospechoso del crimen de que se le acusaba, y se habia aprovechado esta circunstancia por parte de los falsos testigos, con una infame habilidad, y, despues de haberle explotado, tenian gran interés en deshacerse de su persona. Que la declaracion arrancada á miss Manette, cuya profunda afliccion acababan de ver todos, probaba sencillamente que el acusado se habia conducido con esta jóven con toda la urbanidad y todas las atenciones que cualquier hombre bien educado hubiese empleado en semejantes circunstancias; que la conversacion entre ambos sólo fué una charla inocente, excepcion hecha de las palabras que parece pronunció el acusado al hablar de la gloria de Washington, pero que éstas eran tan extravagantes, que sólo podia verse en ellas una chanzoneta de mal gusto. El defensor añadió que seria una debilidad indigna del gobierno el aprovechar semejante causa para tratar de hacerse popular, lisonjeando las injustificadas antipatías y los necios temores del país; que á pesar del celo del acusador fiscal y á pesar de la

importancia que éste se había empeñado en dar al asunto, la acusación no se apoyaba en ningún fundamento verdaderamente serio, y sólo tenía por base aquellos testimonios cuyo infame carácter mancha frecuentemente otras causas análogas, y se halla con demasiada frecuencia en todos los procesos políticos de la Gran Bretaña.

Al llegar á este punto, el juez interrumpió con aire grave al abogado, como si acabase de decir alguna falsedad, y manifestó que no consentiría semejantes alusiones mientras tuviese la honra de permanecer en el sillón que ocupaba.

Mr. Stryver presentó algunos testigos de descargo.

Nuestro demandadero, después de oír sus declaraciones, se ve obligado á escuchar la rectificación del abogado fiscal, que, volviendo del revés el traje que el defensor acaba de cortar á los jurados, demostró que Barsard y Gly eran infinitamente más honrados, y el detenido cien veces más perverso de lo que él se había imaginado en un principio.

El juez, cogiendo á su vez el manoseado traje, lo mostró sucesivamente del revés y del derecho, le dió definitivamente el corte que debía tener y lo convirtió en un sudario destinado al delincuente.

Los individuos del jurado comenzaron á deliberar y los moscardones se pusieron á zumbear con mayor fuerza que nunca.

El elocuente defensor, Mr. Stryver, recogió los papeles que tenía sobre su mesa y se puso á charlar con sus vecinos, mirando de cuando en cuando y con cierta inquietud á los jurados.

El juez abandonó su asiento y se paseó por el estrado, perseguido por la idea de que existía cierta putridéz en la atmósfera, idea que atormentaba también á la mayor parte de los jurados.

El ilustrado colega de Mr. Stryver fué la única persona que continuó sentada, siempre con las manos metidas en los bolsillos, la toga semi-caída, la peluca ladeada y los ojos fijos en el techo. Notábase en él cierta pereza y abandono de sí mismo que disminuían de tal modo su semejanza con el detenido, y sobre todo la que tenía cuando se compararon los dos rostros, que algunos espectadores se comunicaron mutuamente la sorpresa que experimentaban, y no comprendieron en qué consistía que se diferenciase tanto del acusado, siendo así que sus facciones eran absolutamente idénticas.

Cruncher lo hizo también notar á su vecino:

—Apostaría media guinea, añadió, á que es un abogado sin causas; un hombre sobrado de negocios no tiene nunca ese aspecto.

Mr. Cartone, á pesar de su aspecto indiferente y descuidado, observaba mejor que nadie todo cuanto ocurría en escena, porque él fué el primero que notó que la cabeza de miss Manette acababa de inclinarse sobre el hombro del doctor, y en seguida exclamó con voz de trueno:

—Ugier, acercáos á ese anciano y ayudadle á sacar á su hija fuera de aquí; ¿no veis que se ha puesto mala?

El doctor y miss Manette excitaron la más viva simpatía entre todos los asistentes. El doctor Manette había debido sufrir mucho cuando le recordaron su pasado, pues desde aquel momento se revelaba en su rostro una profunda tristeza.

Al cruzar por entre la muchedumbre el padre y la hija, el presidente del jurado dirigió la palabra al presidente de la sala:

—Los señores jurados, dijo, no pueden ponerse de acuerdo, y desean retirarse á la sala de deliberaciones.

El juez, que tenía como un peso sobre su corazón aquello de la futura gloria de Washington, extrañó mucho que los señores jurados no se hallasen de acuerdo so-

bre una cosa tan sencilla; pero consintió gustoso en que fuesen á deliberar á la habitacion contigua, y aprovechó esta coyuntura para abandonar él tambien la sala.

La noche iba echándose encima; mientras se encendian los quinqués, circuló por la sala el rumor de que los señores jurados tardarian aún mucho tiempo en ponerse de acuerdo. Los espectadores salieron casi todos con objeto de ir á tomar algun refresco, y el acusado fué á sentarse cerca de la puerta que conducia á la prision. Mr. Lorry, que habia acompañado al doctor y á su hija, volvió á entrar en la sala, é hizo seña de que se acercase al demandadero.

—Si quereis salir á tomar algo, podeis hacerlo, le dijo, pero no os alejeis demasiado; estad ahí cuando se pronuncie la sentencia, porque os necesitaré para que la comuniquéis al banco. Sois el demandadero más activo que conozco, y estoy seguro de que llegareis á Temple-Bar mucho ántes que yo.

Jerry llevó el dedo índice á su diminuta frente en prueba de agradecimiento por el schelin que acompañó á aquella orden. En el mismo momento apareció Mr. Cartone, y colocando su mano sobre el brazo de Mr. Lorry:

—¿Cómo se encuentra esa jóven? preguntó el sócio de Tellson.

—Todo cuanto aquí ha ocurrido la ha afectado sobremanera; pero se encuentra mucho mejor desde que respira una atmósfera más pura.

—Quedáos ahí; voy á hacérselo saber al detenido. No seria conveniente que un hombre de vuestro carácter, un hombre que ocupa cierta posicion en la banca, hablase en público con un preso cualquiera.

El gentleman se sonrojó, como si creyese haber tenido la idea de cometer semejante enormidad, y Mr. Cartone se dirigió á la parte exterior de la barra.

—Señor Darnay, dijo, es muy natural que deseéis sa-

ber cómo se halla miss Manette. Acaban de decirme que empieza á calmarse su agitacion y que se encuentra mucho mejor.

—Siento con toda mi alma haber sido la causa de su malestar; ¿tendriais la amabilidad de decirselo de mi parte, manifestándole al propio tiempo mi profunda gratitud?

—Lo haré con mucho gusto, si así lo deseais, respondió Mr. Cartone con un tono indiferente que rayaba en insolencia.

—Si, lo deseo vivamente, y os doy un millon de gracias.

—¿Qué esperais del jurado, Mr. Darnay? repuso Cartone apoyándose en la barra, y volviéndose hácia el acusado.

—Mi condena, replicó el interrogado.

—Eso es lo mejor que podeis hacer, porque la cosa es bastante probable; sin embargo, el desacuerdo en que se hallan los jurados os permiten aún tener alguna esperanza.

Jerry, que habia escuchado este diálogo, no quiso oír más, y dejó á los dos interlocutores, tan semejantes en el rostro como diferentes en la parte moral, juntos y de pié reflejados por el espejo que dominaba el banquillo de los acusados.

La suspension de la vista duró todavía hora y media, y á pesar de los pasteles de carne y los jarros de cerveza, el inmenso gentío que poblaba los pasillos de la planta baja mostraba una verdadera impaciencia.

Nuestro demandadero, despues de haber bebido y comido á toda su satisfaccion, se colocó en un banco, y ya se disponia á echar un sueñecillo, cuando vió malogrado su pacifico propósito por un fuerte murmullo, y fué empujado hasta lo alto de la escalera por la multitud que se precipitaba en la sala del tribunal.

¡Jerry! ¡Jerry! gritó el gentleman, á quien halló al lado de la puerta tan pronto como penetró en la sala.

—¡Aquí estoy, señor, aquí estoy! habrá que andar á empellones cuando tenga que salir.

—Marchaos ahora mismo, repuso el banquero entregándole una esquila. ¡Tomad esto, Jerry! Marchaos y no os detengais un momento.

—Muy bien, señor.

—El papel que acababa de recibir el demandadero no contenia más que una sola palabra:

Absuelto.

Cruncher, atravesando denodadamente por entre la apiñada multitud, pensó para sí:

—Si hubiéseis escrito ahora *Resucitado*, lo comprenderia perfectamente.

No le fué posible continuar su monólogo, porque se vió obligado á correr para no ser atropellado por la multitud de gentes diseminadas por todas partes, y cuyo zumbido se oía por la calle, como si los moscardones, malograda su esperanza, se hubiesen precipitado en busca de otro cadáver.

CAPITULO IV.

Felicitaciones.

Mientras desaparecian los últimos restos de aquel guisado humano que hervia desde por la mañana en la sala del tribunal, Lucía Manette y su padre, el abogado y el defensor de Mr. Darnay se habian reunido en torno de éste y le daban la enhorabuena por haberse librado de una muerte casi segura. Difícil hubiera sido, aun reinando la mayor claridad, reconocer en aquel doctor, de inteligentes facciones y noble aspecto, al zapatero del arrabal Saint Antoine.

Sin embargo, nadie que le hubiese mirado una vez

podia dejar de mirarle nuevamente, aun cuando no hubiese tenido ocasion de observar el doloroso timbre de su voz grave, y el aire distraído que velaba á veces repentinamente todo su rostro. No solamente una causa exterior, una palabra alusiva á sus años de agonía, evocaban de las profundidades de su alma aquel estado de abstraccion, sino que sucedia tambien que la nube se formaba por sí misma, y esparcia sobre las facciones del antiguo prisionero una oscuridad tan incomprensible para los espectadores que no conocían su historia, como si en un dia despejado y sereno hubiesen visto la Bastilla proyectar su sombra sobre él, á pesar de las trescientas millas que de ella le separaban.

Únicamente su hija era capaz de disipar aquellas nubes. Ella era el hilo de oro que unia los dias felices del anciano con la tranquilidad que gozaba despues de su miseria. La voz, la mirada y el contacto de Lucía, ejercian en él una soberana influencia. Sin embargo, la jóven recordaba que en ciertas ocasiones, su ternura no habia producido ningun efecto; pero estas ocasiones eran muy raras, y ella iba adquiriendo la certidumbre de que no volverian á reproducirse.

Mr. Darnay besó fervorosamente la mano de Lucía Manette, y luego, dirigiéndose á Mr. Stryver, le dió muestras de su profundo agradecimiento. Este tenia apenas unos treinta y tantos años, pero representaba cerca de cincuenta. Era grueso y de corta estatura, tenia una voz fuerte, modales bruscos, cabellos rojos, tez sonrosada, carencia absoluta de delicadeza, y cierto modo de brillar en medio de una sociedad ó de una conversacion, elogiándose á sí mismo, que hacia fácil el poderle augurar un feliz porvenir en su carrera.

El referido abogado, que conservaba aún su peluca y su toga, se colocó enfrente de su cliente á viva fuerza atropellando y expulsando de su sitio al infeliz Mr. Lorry.

—Téngo una verdadera satisfaccion en haber podido